Valores antiguos, tiempos modernos

Fernando Casaretto Alvarado

Hace 100 años el hombre despegó de la superficie terrestre y voló durante un minuto en un ingenio creado por él, emulando a las aves y en un afán que traía larvado desde que puso, justamente, los pies sobre la Tierra. Orville y Wilbur Wright fueron los primeros en darle forma a esta antigua actitud de conquistar el espacio y ser más o menos dioses.

El antecedente bíblico de esta inquietud, la de conocer más de lo debido (si cabe la expresión), le ganó a las huestes de Luzbel un descenso acelerado y hasta un cambio de nombre: Lucifer, con morada ad hoc y división que a lo que parece no estaba en el libreto original. En todo caso, más que ser un semidiós el protagonista pecó de conocer mucho y no aceptar.

Transcurrida la digresión, es del caso considerar un hecho: nuestro hábitat, mayormente líquido ("la Tierra es azul" expresó el astronauta y curiosamente nos sorprendimos de tal juicio, por lo demás acertado), ha sido el escenario que ha propiciado en el hombre la aventura y también la conquista. El ser humano ha vivido extasiado siempre por descubrir y dentro de tal conciencia descubridora, el mar, "el siempre mar", como decía el maestro Borges, lo ha conducido a tierras extrañas, exigido a grandeza y vuelto también a menudo en su última morada en justiprecio a la osadía.

No es aventurado considerar que mucho de lo que el ser humano es, se lo debe al mar. Su imaginación lo lleva, lo ha llevado siempre mar adentro, lo ha exigido espiritualmente, lo ha hecho crecer, filosofar, soñar, ser guerrero y también orar. El "camino griego" fue el mar, y la Iliada y la Odisea sus frutos en creación del poeta Homero, quien así encarnó desde temprano con el pretexto de la Guerra de Troya y uno de sus héroes, estas obras maravillosas que son siempre actuales y en las cuales fulgen con brillantez valores tan antiguos como el hombre y tan actuales como él mismo.

El hombre universal es un navegante. El hombre universal no tiene cronología. El hombre universal cree hoy como ayer en la satisfacción espiritual, en el contento íntimo de saberse en crecimiento, de vencer y también de perder para aprender. No hay título de propiedad para que unos hombres tengan superioridad sobre otros; en todo caso, el concepto con ser un eufemismo acusa más bien nimiedad para su autor.

Y tiene lógica afirmar algunas de estas cosas, porque la inmensidad del mar alienta a grandeza, no tiene paredes geográficas a la vista y las que eventualmente se presentan acentúan su esencia. Cuando en otros casos la nave arriba a puerto, entonces es que el océano nos ha conducido a un paréntesis continental. Porque los continentes son accidentes del mar. Y el mar es docente (César Vallejo lo dice de otra manera). Ante él, el hombre aprende a valorarse y a ser él mismo una fuente de valores: cuanto más humilde (humilde viene de humus, tierra) más grande.

Cuando la acción de un hombre –o un grupo de hombres– trasciende en el tiempo, entonces otros hombres lo perennizan en el bronce.

Un material de uso común en los buques de guerra es el bronce. Siempre coruscante, el bronce irradia nobleza y desafía el tiempo. Exige cuidado y es inaceptable en su superficie la pintura; no la requiere. Tiene el color del oro pero este metal con ser valioso, intrínsecamente más que el bronce, que es una aleación, no tiene la cualidad de ser fuerte y es más bien blando; con el tiempo adornos e inscripciones en el oro desaparecen, en el bronce no.

El bronce es clarín, campana, cañón, nobleza. Se

considera (con poca razón) imperecedero. De durar, dura; pero la mente en sintonía con el corazón, tienen la palabra, y tañen cuando el bronce ya caducó.

Podemos, entonces, asociar los más nobles valores del ser humano con el bronce y, en nuestro caso, en virtual aleación con los sentimientos de los marinos.

Cuando un buque es dado de baja, se salvan placas y campanas, también otros elementos, pero generalmente trascienden los bronces, aunque con destino vario, enriquecen el patrimonio de los museos.

El limpio tañido de una campana tiene especial connotancia a bordo de un buque de guerra. A las 8 de la mañana halla sinonimia con los honores al izarse el pabellón. Más tarde, al ocaso, el clarín anunciará que se arría la bandera y así día a día.

Arriesgando: el tañido de la campana con el izamiento del bicolor nacional, que permanecerá izado hasta el ocaso, hasta que la clarinada de otro bronce anuncie el arriado, es posiblemente una interpretación (si se quiere antojadiza) de lo que constituye en términos de escena y sonido un valor. Bronce, tañido, bandera = valor.

Valor tiene, según el diccionario de la lengua española, diversas acepciones, pueden ser los valores positivos o negativos, tienen jerarquía en cuanto son superiores o inferiores. Al valorar se reconoce, estima o aprecia el valor o mérito de una persona. Valor es: "cualidad del ánimo que mueve a acometer resueltamente grandes empresas y a arrostrar los peligros". Valor es también: "cualidad de las cosas, en virtud de la cual se da por poseerlas cierta suma de dinero o equivalente". Valoración es la acción y efecto de valorar, pero valorar es también señalar precio de una cosa.

Moral: proviene del latín moralis y es definido como "relativo a las acciones o caracteres de las personas desde el punto de vista de la bondad o malicia...". Se aclara que lo moral "no cae bajo la jurisdicción de los sentidos, por ser de la apreciación del entendimiento o de la conciencia". No concierne al orden jurídico sino al respeto humano. Es un conjunto de facultades del espíritu. En lo que se refiere a la milicia se relaciona con confianza en la victoria, esto último va absolutamente entrañado con la conducción de hombres con sus virtudes de liderar y su capacidad para transmitir la fuerza que lleva a la victoria.

En los tiempos que corren es común tropezarse con el pesimismo. La ciencia y la tecnología enseñorean de tal manera que la didáctica actual considera tangencial el área de humanidades. La televisión por ejemplo, ese prodigio de la ciencia humana, es vehículo asociado al mercantilismo y como tal la libertad de empresa (curiosamente asociada con la llamada libertad de prensa) ausculta en lo peor del ser humano y así destruye anímicamente lo constituido y contribuye en la tara de lo por construir: hablamos de seres humanos.

Dos guerras mundiales ha vivido la humanidad y otras más bien locales pero igualmente letales. Siempre es el hombre la víctima y paradójicamente el destructor de vidas. Curiosamente el soldado es el héroe. La mística del soldado lo conduce o propicia la victoria, que es la muerte del otro soldado. Cómo explicar esta paradoja.

Sucede entonces que las definiciones de diccionario, la filosofía desde Grecia hasta hoy, se dan de bruces con la realidad. En nombre de la patria y de la libertad se mata y se muere. ¿Qué es lo rescatable?

La respuesta reside probablemente en lo que conocemos como: la causa. Aunque es de suyo difícil, aun hoy, con tantos siglos de vivencia, que la humanidad acierte con lo que es al fin de cuentas una causa justa. Se dice que la historia la escribe el vencedor, y así será siempre justa la causa del vencedor. Pero como la otra mitad es la del vencido, entonces también éste escribe lo suyo con el dramatismo consiguiente y tal vez un lector empeñado en ser objetivo encuentre que el segundo es el de la causa justa.

Iniciado el siglo XXI y claros los conceptos, cabe entonces concebir una respuesta: el respeto humano es la clave de todo. El conjunto de facultades del espíritu, es decir la moral, son el eje y resulta difícil en los tiempos que vivimos apostar por la solidez de este eje. La historia es antigua y la ambición nació con el hombre; su afán de conocimiento, más bien su ansia de poder, originó el bien y el mal (cuestión de preguntarle al ex–Luzbel si ésta fue la causa, nos responderá que sí).

Volviendo a lo nuestro, a la bondadosa confusión del bronce y la bandera. Apostamos por la sinonimia de ser esta conjunción una expresión de valor moral.

En la permanente lucha del bien y el mal, el hom-



***Fernando Casaretto Alvarado**, contralmirante en retiro. Autor de libros de historia naval y literatura. Asesor de la Dirección de Intereses Marítimos e Información de la Marina, docente de la Escuela Naval del Perú. Miembro de Número del Instituto de Estudios Histórico-Marítimos del Perú y de la Asociación Cultural Peruana Británica.*

bre, en nuestro caso muy circunscrito a lo que será los valores en el ámbito de los marinos de guerra, se forma e instruye y entrena para la defensa de la patria, para su desarrollo y para realizarse en la vida en el camino vocacional escogido.

La cualidad del ánimo que mueve a acometer resueltamente grandes empresas y a arrostrar los peligros es propio del marino. La espiritualidad es su esencia, halla en el ejemplo de sus hombres mayores, inspiración y práctica. Desecha lo que es también definición de valor: "cualidad de las cosas, en virtud de la cual se da por poseerlas cierta suma de dinero o equivalente". Debe desechar y considerar esta definición como se separan el agua del aceite.

En la Escuela Naval del Perú como en el Centro de Instrucción Técnica y Entrenamiento Naval, representativos de lo que es en la Marina de Guerra la didáctica institucional en su más amplia diversidad, los héroes navales de ayer y de hoy señalaron con sus hechos y su muerte en honor al respeto humano, a la cualidad del ánimo que los llevó a morir por la patria, que los valores morales son antiguos pero aplicables en todo tiempo y lugar a lo que el hombre y la mujer consideran una causa justa.

Eso, tales actitudes y sus hechos, consecuencia de una fortaleza espiritual a toda prueba, es evidente muestra de que la afinidad existente entre los hombres del *Huáscar* (el *Huáscar* peruano) y los que en la guerra civil que vivió el Perú, es exactamente la misma; que ella está absolutamente entendida por quienes los sobrevivimos. Por eso, por ellos, tañe la campana y vibra el clarín. Lo comprendemos unos mejor que otros, y no faltan quienes entendiéndolo prefieren jugar al interés subalterno: no merecen reflexión.

Lo auténtico es lo válido. Así, una y mil veces ha de tañer la campana y vibrar el clarín en demanda del honor, de la gratitud, del engrandecimiento institucional, del viento de la espiritualidad tangible en el gualdrapeo de la bandera. ⚓

